EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10627

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 8 DE ABRIL DE 1897

ANUNCIOS

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLAR, 12

UN MISERABLE

Lo es sin duda alguna ese Sanguily á quien se le hace gran honor escribiendo su nombre en la prensa española.

Hace unos días, cuando comenzaron á circular rumores de paz, dijo «La Epoca» que si Sanguily iba a Cuba no sería para tomar parte en la insurreccion; y tal cosa dicha por el periódico oficioso mas inmediato al señor Cánovas, hizo creer que si la mision que llevaba á la gran antilla el filibustero indultado no era guerrera tenía que ser necesariamente pacífica.

Tal supuesto escandalizó á algunos colegas que conocen á Sanguily, y dando por hecho que este sería de intermediario en tratos de paz, se lamentaron de la ingerencia de tal hombre en asuntos de tanta importancia para el país. Por cierto que el «Heraldo» trazó una silueta del cabecilla que no podía ser mas antipática y repulsiva.

Sanguily es un traidor que vende a quien le paga. Estuvo al servicio del general Calleja mientras éste desempeñó el cargo de Capitan general de la isla y lo engañó de una manera miserable; diole confidencias falsas; hizo denuncias que no tenian fundamento; y mientras encaminaba á la policía por derroteros que no llevaban a nada práctico, ayudaba á los insurrectos con toda su alma, dandoles noticias de lo que les convenia saber, facilitandoles armas y asegurandoles lugar apropósito para reunirse a conspirar

Con tales antecedentes, tenía razón el «Heraldo» al ponerle la ceniza en la frente a Sanguily. Hombre de tal calaña, que no procura por su honor, no puede frisar en asuntos tan serios como el en que se le consideraba no solo metido sino tambien aceptado.

Cogido en infragante delito de traicion en los comienzos de la revuelta antillana y sometido a un consejo de guerra, tuvo la suerte de que la nacion americana sindicara su indulto al gobierno español. Mostrose este hidalgo y generoso cual cumple al representante de un país que rinde culto a la hidalguia y tiene a gala ser clemente y en vez de entregar a Sanguily al brazo de la ley para que le quitara la vida, lo embarcó por el puerto de la Habana y lo dejó ir donde quisiera menos a los dominios españoles.

El cabecilla filibustero no ha sabido agradecer el perdon; el traidor mambís ha pretendido morder la mano que le dió la libertad y le conservó la vida; el empleado desleal ha probado que es para él el honor una palabra hueca, porque se comprometió bajo su palabra, y su firma, a no hacer armas contra España y ha aprovechado la generosidad de ésta para ofenderla nuevamente.

Sanguily no puede representar á España de ningun modo. Si se llega á tratos de paz mas o menos oficiosos, no dejara de haber elementos honrados en el campo de la rebeldía. Entre ellos puede escogerse el que convenga mas.

Sanguily no conviene, no sirve Su vida es un tejido de falsedades, de traiciones, de deslealtades, de hipocresías, á las que pone digno remate la más villana ingratitud.

Perdonado por España, su primer acto al verse en libertad ha sido organizar una expedicion para llevarla a Cuba.

Quien así obra merece el desprecio de todo el mundo y este calificativo:

¡Miserable!

TIJERETAZOS

¡Valiente olla de grillos está hecho el Senado de Washington!

No ha hecho más que caer sobre la mesa la proposición Allen, para que se intente sacar á Rius Rivera del mal paso en que se ha metido, y se han desatado contra nosotros las lenguas senatoriales de los más conspicuos senadores, es decir, de los más *yankees*.

***

Y es notable el modo de suplicar que usa la gente del Capitolio: insultando á los españoles y sintiendo no poderles triturar el corazón.

¡Qué bolsa de sentimientos!

¡Ni Nerón!

***

Y qué tranquilo debe estar el cabecilla Rius Rivera con esos padrinos expontáneos que le han salido.

Si conoce á los españoles, y sabe que son humildes y generosos con los que imploran y altaneros con los que insultan, estará renegando de los *yankees*.

Porque por ese camino no se va á la libertad, sino al cuadro.

Y conste que no lo decimos satisfechos.

¡Quién le había de decir al cabecilla que nos había de interesar su suerte más que á sus amigotes!

¡A nosotros que somos tan enemigos de los mambises!

***

Y flojo que le ha entrado el ardor bélico á los senadores.

Hay quien pide que la escuadra americana vaya á Cuba.

Y alguno, más impaciente, declara que ha llegado el momento de la acción

¿Cuándo llegará el de tener juicio?

—

En Jiocorbo, una mujer casada ha añadido un infanticidio á la lista de dos que ya tenía perpetrados, en otro tiempo.

Y en Sevilla, un hijo cariñoso le ha dado de puñaladas á su padre.

Váyanle ustedes á esos salvajes con la santidad de la familia ni otras monsergas por el estilo.

—

«La Publicidad», dejándose caer:

«*El Heraldo de Madrid* ha publicado un artículo bastante encomiástico para Weyler.

El general Weyler ha propuesto para una recompensa al general Suárez Inclán.»

Ni Silvela, el de la daga florentina, de un golpe mejor.

HAZ BIEN...

Primero lo supérfluo: después lo necesario; luego lo indispensable. Así fue cayendo en manos del prestamista el traje de manola, la sortija con chispas de diamante, las vergas de oro, la falda, la chaqueta, el vestido, la colcha de la cama, las enaguas y las camisas, quedando convertido todo en veinte miserables pesetas y en unas cuantas papeletas de empeño.

Las primeras se agotaron pronto. En cambio las otras crecieron con los intereses, poniendo en peligro la ropa y alhajas de la pobre chica, que en un momento de apuro en que no tenía pan, se vió en la precisión de ofrecerlas en garantía de un mendrugo.

Es la historia de siempre, una de tantos casos que pasan en la vida. El capital sin entrañas, sin corazón y sin sentimientos, estrujando el corazón y las entrañas y burlándose del sentimiento y de la angustia de quien se siente morir de hambre. Si no hubiera capitalistas más humanos sería cosa de renegar y aborrecer á los poseedores del dinero....

¡Apenas si me he metido yo en honduras! ¡Filosofando y haciendo pinitos de socialista! ¡Lo que pueden unas cuantas papeletas de empeño extendidas por cantidades miserables, representativas de ayunos forzosos, de angustias crecientes, de situaciones críticas, de escaceses inverosímiles que hacen prescindir de la camisa y de la enagua para llenar de pan el estómago!

¿Que cómo han llegado á mi poder las papeletas? No era yo el destinatario de dichos documentos. Venían dirigidas por el amigo Tornel,—el de *El Diario de Murcia*—á un compañero de redacción, con encargo de renovarlas y enviarlas á Murcia, acompañando la cuenta; pero se enteró del asunto un conocido médico—murciano por más señas—y puso cátedra de sentimentalismo; dibujó unos cuadros de miseria, llenos de vida y de color... negro; ensalzó la virtud de las virtudes, la caridad, y terminó su insinuante discurso, preguntando *soto voce*:

¿Vamos á pagar de nuestro bolsillo esas papeletas?

Media hora después la ropa y las alhajillas habían abandonado la casa de préstamos y los suscriptores de la buena obra comenzaban su partida de tresillo.

Y yo les hacía traición escribiendo estos renglones:

Es verdad que con eso pagan lo que deben; por que ellos han traicionado al señor Martínez Tornel, privándole de que pueda ejercer la caridad en esta ocasión.

Esos rasgos me entusiasman, no puedo remediarlo.

RAUL.

LOS RUMORES DE PAZ

Con este título publica «La Epoca» el siguiente artículo, que refleja impresiones y esperanzas recogidas en las esferas donde recibe inspiraciones el colega que por lo mismo tiene un valor excepcional.

«Las impresiones optimistas acerca de la terminación de la guerra de Cuba son el principal y casi único tema á que dedican hoy su atención los periódicos.

Ya indicamos ayer que cuanto se diga acerca de supuestas negociaciones encaminadas á restablecer la paz carece de todo fundamento. Mas prescindiendo de este error voluntario é intencionado de algunos periódicos, se explica suficientemente que la opinión, con sólo considerar el curso de los hechos, abrigue hoy esperanzas de que la insurrección cubana que tantos sa-

—Con mucho gusto.

Y el gentil-hombre se deslizó detrás de una cortina de terciopelo de Utrech.

Margarita quedó esperando pálida, temblorosa y llena de inquietud.

Carlos II se había levantado muy temprano, y despues de oir misa y recibir á su confesor, para un asunto que no fué descubierto ni aun por aquellos cortesanos más finos, acababa de desayunarse al lado de su idolatrada esposa.

La felicidad resplandecía en aquella figura macilenta, ajada tan pronto por los dolores y padecimientos del cuerpo y del espíritu. Gozaba con su esposa de las dulzuras más gratas que Dios concede al corazón de los mortales, y en tal momento se entretenía en regalarle un magnífico collar de perlas, que algunos años antes habían sido pescadas en el golfo de Ceilan.

Sus ojos azules, y siempre tristes, brillaban con el tranquilo fuego de un amor afortunado; su talle por lo general caido y desgarbado, tenía cierta elegancia que embellecía su figura. María Luisa le prodigaba caricias de niña mas bien que de esposa; estaba rodeada de amor y de objetos que absorbían su atención. Risueña y excesivamente dichosa, fijaba á veces toda su curiosidad en un magnífico papagayo,

Las once de la mañana sonaban en el reloj del palacio, cuando descendió precipitadamente del brillante vehículo una dama cubierta con su manto, y dándose á conocer al ugier de servicio, pasó por entre los centinelas hasta que hirió con su leve pie el marmol de las escaleras.

Subió como una flecha, un pájaro, una divinidad. Cruzó con un conocimiento exactísimo las numerosas antesalas, pobladas ya de aduladores cortesanos, pretendientes, militares, clérigos y frailes, y llegó por último á un salon donde dos ugieres la detuvieron.

—Señora, no podeis pasar.

—Tengo autorización para entrar en las habitaciones privadas de SS. MM.

—¿Quién lo garantiza?

—Mi rostro y mi nombre, contestó la dama descubriéndose.

Debajo de aquel espeso tocado brillaron las magestuosas facciones de la marquesa de Villourez.

Los ugieres se inclinaron y la dejaron pasar.

Luego que hubo llegado á otra habitación, se le presentó un alto funcionario.

—¿Está visible el rey? preguntó con voz agitada.

—Sí lo está, mi bella marquesa

—¿Tuviérais la bondad de anunciarme?

—¿Con que es decir que hemos salvado sin pensar á los verdaderos autores de nuestra desgracia? Porque no me cabe duda; estos son los cinco defensores del duque, y acaso de aquí en adelante sean sus mas atrevidos partidarios. Os lo confieso, padre, no les temo a las intrigas porque estoy acostumbrada á dominarlas y dirigirlas según mi capricho, pero á estos paladines de nuevo cuño que pretenden revivir las costumbres de la edad media les tengo un respeto aterrador.

—No debeis tener cuidado. Lo que importa es vislumbrar hasta qué altura llegan las pretensiones del duque con respecto á los jóvenes...

—¿Qué?

—Paralizaremos su fuerza.

—¿De qué modo?

—El Inquisidor general es mi amigo... Le enseñaré esta carta y haré que pida el encierro, ya que no se puede otra cosa, de estos cinco calaveritas para que no vuelvan á alborotar en las tabernas.

—Es verdad, ¿y el duque?

—Cuando quiera acordarse de sus amigos habrán desaparecido.

—¡Oh! muy bien pensado.

—Pues obremos, mi querida duquesa. ¿Yo creo que no tendreis inconveniente de poneros de acuerdo con Eguía?